

# MAQUIAVELO Y LA ÉTICA DE LA RESPONSABILIDAD POLÍTICA

Carlos E. Miranda  
Universidad de Chile

**R** Los filósofos políticos clásicos concibieron el estudio de la política desde una perspectiva normativa. Por cierto, los hechos políticos reales constituyeron su materia prima y el punto de partida de sus reflexiones, pero éstas siempre se enfocaron hacia el “deber ser”, es decir, hacia la manera de superar los diversos males sociales. Por esta razón, la ética desempeñó en sus análisis un papel fundamental. Ellos pensaban que la política requería ser orientada por la ética; más aún, ellos creían que la política no podía concebirse sin una dimensión moral. Establecer esta estrecha vinculación entre ética y política implicaba entender la política como una *techné*, como un “arte” o “técnica” que exigía a quienes se dedicaban a esta actividad aptitudes especiales y también preparación y conocimientos específicos. Sólo de este modo las funciones rectoras y educativas asignadas a la política podrían efectivamente cumplirse. En otros términos, el objetivo primordial de la política era formar a los hombres, hacerlos mejores, orientarlos hacia el bien. Consecuentemente, el estudio teórico de la política no podía entenderse sino centrado en el análisis acerca de cómo deberían comportarse los hombres y cómo debería organizarse la sociedad para que los altos fines morales ya indicados pudieran alcanzarse.

A comienzos del siglo XVI, Maquiavelo quiebra esta tradición en la manera de concebir la política y en la de reflexionar filosóficamente sobre ella. El propósito explícito del pensador florentino fue estudiar la política “científicamente”, es decir, ateniéndose exclusivamente a los hechos. Este cambio metodológico implica una radical transformación de la perspectiva teórica tradicional acerca de la política: ya no se trata de analizar cómo *debiera* ser la política, sino de observar cómo ella realmente *es*. Y para ello, la mirada de Maquiavelo se vuelca hacia la historia, ya que ésta proporciona un rico

repertorio de acontecimientos que muestran cómo ha funcionado en el pasado la política. Pues bien, lo que generalmente revelan los datos históricos de diferentes pueblos y épocas es que la política consiste fundamentalmente en una lucha permanente por el poder, y que en tal lucha las consideraciones morales suelen jugar un escaso o nulo papel. La moral y la política son dos esferas distintas, separadas, y nada se obtiene tratando de ligarlas artificialmente, si lo que de verdad se desea es alcanzar un conocimiento de la política.

Maquiavelo ha sido considerado como el fundador de la teoría política moderna y como el antecesor más decisivo de la ciencia política contemporánea, debido a sus aportes metodológicos al estudio de la política. Es importante subrayar que la relevancia de Maquiavelo no consiste, como algunos erróneamente piensan, en inventar un nuevo modo de *hacer* política, sino en plantear un nuevo modo de *estudiarla*<sup>1</sup>. Esta aseveración puede comprobarse simplemente observando sus escritos, en los cuales no se encuentra ningún diseño de modelos de sociedad o de organización política, sino que consisten esencialmente en un examen de eventos del pasado. El florentino declara, al comienzo de los *Discursos*, estar convencido que del estudio de la historia es posible obtener “lecciones prácticas” para la actuación política<sup>2</sup>. Pero si sus “lecciones” sólo están basadas en la historia, en el análisis de hechos reales ocurridos en el pasado, ellas en rigor difícilmente pueden catalogarse de “originales”. Maquiavelo sólo observa lo que otros hombres han hecho, pero él no es el *autor* de las acciones que aconseja imitar o evitar. Son, pues, manifiestamente injustas algunas de las acusaciones que le han dirigido aun estudiosos tan eminentes como Leo Strauss, por ejemplo. Strauss, en efecto, lo consideraba un “hombre malvado” y un “maestro del mal”<sup>3</sup>. Pero Maquiavelo más que enseñar a hacer el mal, lo que hizo fue reflexionar acerca de los efectos políticos de las manifestaciones del mal en la historia, con su abundante registro de violencia, guerras, revoluciones, crímenes, intrigas, corrupción, injusticia. Estos son “datos” que proporciona la experiencia histórica y no la imaginación del escritor de Florencia.

Por cierto, de la lectura que Maquiavelo hace de muchos de esos datos se desprende la inconveniencia práctica de mantener siempre —en el ámbito de la lucha política— un comportamiento moralmente correcto. El príncipe

<sup>1</sup>Carlos E. Miranda, “El ‘Nuevo Método’ de Maquiavelo”, *Revista de Filosofía*, vol. xxiii-xxiv, 1984, pp. 87-97.

<sup>2</sup>N. Maquiavelo, *Discorsi sopra la Prima Deca de Tito Livio*, Prefacio Libro I.

<sup>3</sup>Leo Strauss, *Thoughts on Machiavelli*, Chicago, The University of Chicago Press, 1958, p. 9.

debe aprender a ser capaz de no ser bueno porque actúa en un medio de hombres que no son buenos; por lo tanto, el príncipe que desconoce la diferencia entre la manera como uno vive y la manera como uno debería vivir, y que deja de hacer lo que corresponde en vistas de lo que debería hacer, está construyendo el camino de su propia ruina (*El Príncipe*, cap. xv), y con ella, probablemente, acarreará la de su pueblo. Desde esta perspectiva, la pregunta pertinente es si la moralidad personal y del príncipe es éticamente válida desde el punto de vista político, y la respuesta parece bastante obvia. Sin embargo, ello mismo ya insinúa el hecho que Maquiavelo no concebía la política como completamente desvinculada de la ética; y esto es así debido a que las responsabilidades del príncipe parecen forzarlo a observar criterios éticos diferentes a los del hombre común. Pero es preciso subrayar desde ya que de ninguna manera puede sostenerse que las enseñanzas maquiavelianas tuvieran por finalidad recomendar el olvido de toda noción moral en vistas de la obtención o preservación del poder.

Jacques Maritain, a quien nadie podría considerar un apologista de Maquiavelo, observó en su estudio sobre “El fin del Maquiavelismo” que el florentino nunca llamó bien al mal o mal al bien<sup>4</sup>. Esto es efectivo: Maquiavelo puede no condenar el mal, o aun justificarlo en ciertas ocasiones, pero nunca lo confunde con el bien.

Tanto en *El Príncipe* como en los *Discursos* hay muchos ejemplos que muestran la visión de Maquiavelo respecto del bien y del mal en el plano moral, y la evaluación que él hace de uno y de otro desde el punto de vista político. De entre todos esos ejemplos, posiblemente el más impactante y revelador del pensamiento de Maquiavelo es el caso de Rómulo, que es analizado en el Discurso 1.9. Allí el florentino justifica el fratricidio cometido por Rómulo en vista de los fines perseguidos, que eran fines políticamente buenos y que fueron alcanzados. El efectivo logro del fin propuesto es, en la perspectiva maquiaveliana, el dato decisivo. Rómulo fundó Roma y ese acto fundacional dio origen a un efecto bueno. La “bondad” de los efectos es, por cierto, algo que sólo puede ser determinado *a posteriori*, es decir, cuando la acción tiene consecuencias exitosas. Cuando ello ocurre, el efecto políticamente bueno, esto es, exitoso, justifica cualquier acción, aun la moralmente más repudiable, como fue precisamente el crimen de Rómulo. Rómulo fundó una gran república sobre el cadáver de su hermano. Maquiavelo no dice que esta acción haya sido buena, sino que ella puede ser justificada y que

<sup>4</sup>Jacques Maritain, “La fin du Machiavélisme”, en *Principes d'une politique humaniste*, New York, Editions de la Maison Française, 1944, p. 182.

Rómulo “merece ser excusado”, porque lo que él hizo fue hecho en vistas al “bien común y no para satisfacer su ambición personal”. En suma, desde el momento que el fin perseguido por Rómulo era bueno y que logró conseguir su realización, todos los medios por él utilizados quedaron justificados. El éxito es el criterio del bien político.

Encontramos aquí elementos claves del pensamiento político de Maquiavelo. Él en ningún momento niega el carácter moralmente reprobable del crimen de Rómulo; no pretende enmascarar el mal presentándolo como algo bueno. Lo que sí intenta es justificar ese mal desde la perspectiva del bien político, que para él es mayor y más importante que la esfera del bien moral. A mi entender, éste es el punto medular de lo que podríamos llamar, una “ética de la responsabilidad política”, cuyo creador habría sido Maquiavelo.

La expresión “ética de la responsabilidad” fue acuñada por Max Weber, y me parece una adecuada fórmula para tratar de dilucidar “el conflicto entre las demandas de la moralidad y las responsabilidades del poder”<sup>5</sup>.

En su célebre conferencia sobre “La política como vocación”<sup>6</sup>, pronunciada en 1918 en la Universidad de Munich, Weber distingue dos tipos de ética en la actividad política: la *Gesinnungsethik*, expresión que ha sido traducida como ética de la convicción, o ética de los fines absolutos, y la *Verantwortungsethik*, la ética de la responsabilidad. Quien actúa según la ética de la convicción, lo hace guiado enteramente por sus principios o valores absolutos, y sus acciones son moralmente válidas en la medida en que ellas expresan con fidelidad esos valores. Lo que importa es vivir y actuar de acuerdo con ciertos principios, sin preocuparse por las consecuencias que puedan derivarse de tal conducta. En el plano religioso, por ejemplo, el cristiano obra rectamente cuando sigue los principios absolutos del Evangelio y “deja los resultados en manos del Señor” (p. 67). El problema que con notable agudeza plantea Weber es si la política puede regirse por este tipo de ética sin que ello implique el riesgo de causar daños política y moralmente inaceptables. Si como Weber postula, “el medio decisivo de la política es la violencia” (p. 68), entonces los requerimientos éticos del ámbito religioso no pueden trasladarse globalmente al ámbito político. La diferencia crucial existente entre ambos planos es presentada por Weber en los siguientes términos:

<sup>5</sup>Dante Germino, “Second Thoughts on Leo Strauss’s Machiavelli”, *The Journal of Politics*, 28:3, 1966, p. 815.

<sup>6</sup>Para las referencias a esta obra utilizo la versión incluida en Max Weber, *Ensayos de Sociología Contemporánea*, v. 1, Barcelona, Ed. Planeta-Agostini, 1985, pp. 9-78.

“Pues si bien se dice, de acuerdo con la ética acósmica del amor, ‘no resistas al mal con la fuerza’, para el político es válida la sentencia inversa, ‘debes resistir el mal con la fuerza’, o serás responsable del triunfo del mal” (p. 66).

El mal político puede adoptar muchas formas, y la primera responsabilidad del príncipe es evitarlo. Para ello, no siempre podrá orientar su conducta de acuerdo a los principios del Evangelio o los de algún otro sistema ético de fines absolutos. La indiferencia ante los efectos, propia de tales sistemas, no le está permitida al príncipe, quien deberá rendir cuenta por las consecuencias previsibles de sus propias acciones, ya que éstas no sólo lo afectarán a él sino también a su pueblo. La *ética de la responsabilidad* se refiere precisamente a este deber del príncipe de medir las consecuencias de sus actos. Esto no significa, por cierto, que en vistas de las consecuencias, el príncipe pueda o deba abandonar todo principio ético. Weber está lejos de sostener que la eficacia política deba sustentarse en un amoralismo y menos aún en un inmoralismo. Ni siquiera Maquiavelo, como veremos más adelante —y contra la visión corriente que de él se tiene—, suscribe tal posición. Lo que Weber advierte es que quien actúa políticamente de acuerdo con una ética de la responsabilidad —como *debe* hacerlo—, pone en peligro la “salvación de su alma”. En un elocuente pasaje de su conferencia, expresa Weber este crucial dilema:

“El que desea la salvación del alma, la propia y la de los demás, no debiera intentar conseguirla por la vía política, pues las tareas muy distintas de las políticas sólo pueden llevarse a cabo mediante la violencia. El genio o el demonio de la política vive en tensión interna con el dios del amor (...) En cualquier momento, esta tensión puede conducir a un conflicto irreconciliable” (p. 74).

La ética de la responsabilidad weberiana sugiere que el conflicto entre el bien político y el bien moral debe resolverse en favor del primero. Es en este punto donde se emparenta, a mi juicio, el pensamiento de Weber con el de Maquiavelo. Para comprobar esta hipótesis, examinaremos brevemente el tratamiento que hace del florentino en los *Discursos sobre los diez primeros libros de Tito Livio* del tema de los fines esenciales del Estado.

En el Discurso I.1, Maquiavelo establece como fin primario del Estado la seguridad. Los hombres se reúnen en comunidades políticas buscando ante todo la protección de sus vidas, especialmente ante la eventual amenaza de subyugación extranjera. El primer deber del Estado es, en consecuencia, proporcionar esta seguridad a todos los ciudadanos. Pero, advierte Maquia-

velo, “la seguridad para el hombre es imposible a menos que esté basada en el poder”. Desde esta perspectiva, la búsqueda del poder y de su fortalecimiento frente a enemigos externos actuales o potenciales, adquiere una justificación moral: el poder es el medio necesario para proteger eficazmente a los hombres.

En el Discurso siguiente, Maquiavelo agrega como segunda finalidad esencial del Estado la estabilidad, el orden interno, que también constituye un bien político en cuanto es condición para la preservación de la vida y de todos los demás fines de la sociedad que integran lo que llamamos el “bien común”. Cualesquiera sean los objetivos definidos en el bien común —bienestar, libertad, justicia—, su logro depende del establecimiento de condiciones de paz, esto es, de seguridad externa, y de orden, es decir, de estabilidad interna.

Ahora bien, si consideramos la gran inestabilidad e inseguridad existente en la época de Maquiavelo, creo que podemos comprender su énfasis en esos bienes políticos fundamentales. La seguridad y la estabilidad son las condiciones necesarias de todas las demás metas sociales, y por eso son los fines primarios de toda sociedad, los elementos esenciales del bien común. El bien común, el bien político, es el bien de toda la comunidad, que hace posible que el individuo encuentre su propio bien. Es un bien práctico, y por eso su criterio esencial es su logro efectivo aquí y ahora, a diferencia del bien moral o del bien religioso, cuyo logro puede posponerse para la otra vida. Pero en política no hay otra vida<sup>7</sup>.

Lo que Maquiavelo propone, entonces, es una ética política secular. Esto no significa que él rechace o ignore los ideales morales y religiosos; por el contrario, explícitamente señala en muchos pasajes de sus obras que tales ideales son necesarios para la mantención de una república y que nada bueno cabe esperar de una ciudad de hombres corruptos que no respetan la religión (Cf., por ej., *Disc.* I, 55). No obstante, si en determinadas circunstancias el bien político y el bien moral o religioso entran en conflicto, Maquiavelo ciertamente favorecerá al primero, aunque recomendando siempre la mayor prudencia.

Ello no puede ser de otro modo, dada la prioridad que Maquiavelo otorga al bien político, condición de posibilidad para el logro de los demás bienes. Ahora bien, desde la perspectiva maquiaveliana, el *test científico* del bien

<sup>7</sup>Anthony Parel, “Introduction: Machiavelli’s Method and His Interpreters”, en: Anthony Parel (ed.), *The Political Calculus. Essays on Machiavelli’s Philosophy*, Toronto, University of Toronto Press, 1972, pp. 6-7.

político es el éxito o la eficiencia en el cumplimiento de los objetivos esenciales de la sociedad. Si, como hemos visto, estos objetivos son la mantención o restauración del orden interno y de la seguridad externa, la ética de la responsabilidad política, que obliga a velar ante todo por el bien común, faculta al príncipe a hacer lo que estime conveniente —llegando incluso al crimen— en vistas al bien de la comunidad.

Maquiavelo advierte, sin embargo, que cuando al príncipe “le sea indispensable derramar la sangre de alguien, deberá cuidar de que haya para ello una adecuada justificación y una causa manifiesta” (*Princ.*, cap. xvii). Poco antes, había señalado que es obligación del príncipe “proceder moderadamente, con prudencia y aun con humanidad”. Moderación, prudencia, humanidad, son ciertamente virtudes positivas. En cuanto necesarias para el éxito político, ellas forman parte del concepto maquiaveliano de *virtú*, del mismo modo como otras cualidades tales como la fuerza, la astucia, la decisión y, en general, todas aquellas que sirvan al bien común, independientemente de su contenido moral.

Pero por cierto, el éxito político perdurable no puede estar basado en la injusticia, la arbitrariedad, la inmoralidad. El príncipe debe preferir ser temido a ser amado, porque inspirar temor depende de él, en tanto que el amor depende de quienes lo otorgan y, siendo los hombres volubles por naturaleza, no es seguro para el príncipe apoyarse en sentimientos efímeros que él no puede controlar. Sin embargo, advierte Maquiavelo (*Príncipe*, cap. xvii), el príncipe debe cuidar de no hacerse odiar y, ciertamente, la conducta moralmente arbitraria del príncipe suscita en sus súbditos el odio, que es la fuente de las conspiraciones y revoluciones. La ética de la responsabilidad no exime, pues, al príncipe de un comportamiento moral.

En otros términos, en el pensamiento de Maquiavelo hay claramente una subordinación de la moralidad a la política. Pero esta subordinación no necesariamente implica una exclusión o un menosprecio de la moralidad, sino que tiene una inspiración ética. El principal deber del príncipe, su mayor responsabilidad política, es preservar el bien común, objetivo que no puede alcanzarse efectivamente en la práctica ignorando principios morales elementales.

La concepción maquiaveliana de la ética política significó una profunda ruptura con las concepciones de la tradición clásica y medieval. Hay en ella una reorientación y una reubicación de la ética en su conexión con la política. Esta nueva concepción puede ser considerada discutible y hasta peligrosa. Pero lo que en ningún caso puede hacerse es negar la existencia de un contenido ético en el pensamiento político de Maquiavelo.

La racionalidad de esta ética política se basa en la concepción maquiavelia-

na de la naturaleza humana. Según Maquiavelo, los hombres tienden naturalmente a inclinarse más hacia el mal que hacia el bien. “Los hombres nunca hacen el bien a menos que la necesidad los obligue a ello”. Sólo “las leyes hacen a los hombres buenos”, nos dice en el Discurso I.3. Siendo la política el ámbito de las pasiones, de la lucha por el poder, del conflicto de intereses egoístas, la prudencia aconseja aprender a no ser siempre bueno, porque un príncipe que quisiera hacer siempre profesión de bondad en un medio de gentes que no son buenas, sólo estará pavimentando el camino hacia su propia ruina (*Princ.*, xv). Pero como la caída de un príncipe suele ir acompañada de graves convulsiones internas, todo el pueblo resulta afectado. Desde esta perspectiva, la persistencia por parte del príncipe en actuar con corrección moral aparece como una irresponsabilidad política que puede dañar seriamente el bien común, sumiendo a sus súbditos en la inseguridad, la opresión, el desorden.

La ética de la responsabilidad obliga al príncipe a subsumir los principios morales a los objetivos del bien común. La *virtú* política, en cuanto orientada al bien común, es prioritaria a la virtud moral. Pero aquella *virtú* debe estar siempre enmarcada dentro de los límites de la *techne* política, esto es, de la prudencia y del conocimiento de la naturaleza humana.

Las enseñanzas de Maquiavelo pretenden proporcionar este saber “técnico”, que se sintetiza en el concepto de *virtú*, y cuya finalidad es la eficacia en la acción para acceder al poder o para mantenerse en él. Pero el poder nunca puede ser considerado sino un medio, el medio que el príncipe “virtuoso” usa, no para su propio bien, sino para promover el bien común. Si no lo hace, si carece de *virtú*, tarde o temprano fracasará. Y la razón de ello es que la *virtú* maquiaveliana, aunque frecuentemente desconectada de las virtudes morales, tiene esa dimensión ética que hemos llamado “ética de la responsabilidad”, que es condición necesaria del éxito político.